

AMEMOS a JESÚS, MARÍA y JOSÉ

Por el Venerable Padre José Frassinetti

Editorial Balmes Barcelona, 1944

Contenido

AMEMOS A JESÚS, MARÍA y JOSÉ.....	1
Amemos a Jesús.....	3
I. Quién es Jesús.....	3
II. Jesús conocido por los católicos.....	3
III. Jesús, conocido de herejes, de cismáticos y de protestantes.....	3
IV. Jesús, conocido de paganos y de incrédulos.....	4
V. De la justicia, la santidad y delicias del amor a Jesús.....	5
VI. Para amar a Jesús, amemos al prójimo.....	6
VII. Para amar a Jesús, amemos a la Iglesia.....	6
VIII. Para amar a Jesús defendamos cuanto podamos su honor.....	7
IX. Para amar a Jesús, unámonos a Jesús.....	8
X. Para amar a Jesús, asegúrenos el Paraíso.....	10
XI. ¿Y María?.....	11
AMEMOS A MARÍA.....	12
I. ¿Quién es María?.....	12
II. Dios ama a María.....	12
III. El cielo ama a María.....	13
IV. Preciosa dulzura del amor a María.....	13
V. Quien ama a María aborrece el pecado.....	13
VI. Quien ama a María ama las virtudes cristianas.....	14
VII. Quien ama a María, desea promover su devoción.....	14
VIII. Quien ama a María ama a Jesús.....	14
IX. Quien ama a María recibe a menudo la Santa Comunión.....	15
X. Quien ama a María es devoto de san José.....	16
XI. Quien ama a María reza devotamente el Ave María.....	16
Amemos a San José.....	18
I. ¿Quién es San José?.....	18
II. ¿Quién es San José?.....	18
III. ¿Quién es San José?.....	18
IV. Si amamos a San José, honremos a María.....	19
V. Si amamos a San José, amemos a Jesús.....	19
VI. Si amamos a San José, acerquémonos con frecuencia a la Sagrada Comunión.....	20
VII. Si amamos a San José amemos la castidad.....	20
VIII. Amando a San José nos aseguramos de una buena muerte.....	21

Amemos a Jesús

I. Quién es Jesús

Las Sagradas Escrituras, es decir, los libros que forman la Sagrada Biblia, y que como Escrituras Divinas infalibles son admitidas por nosotros los católicos, y aún (no obstante sus falsas interpretaciones) por todos los herejes y por todos los protestantes, claramente enseñan que Jesús es el Mesías Salvador del mundo, Redentor de todos los hombres, Hijo Unigénito de Dios, igual al Padre, engendrado por Él desde toda la eternidad; Dios verdadero, ante cuyo nombre se postran todas las criaturas, en el cielo, en la tierra y aún en el infierno; el principio y el fin de todas las cosas. Jesús es el Emmanuel, es decir, Dios con nosotros, Dios hecho hombre: Verbum caro factum est: hecho hombre, vivió y murió por nuestra salvación.

He aquí quien es Jesús, según lo que enseñan las Sagradas Escrituras. Él es el Omnipotente, el Eterno, el Inmenso, el Infinito Bien, que, por Sí mismo, merece, no sólo toda la estima y todo el afecto de nuestro corazón, sino también una estima y un afecto mayor del que nuestro corazón es capaz. Por lo tanto, no es ni puede ser amado según merece, ni siquiera por los ángeles y por los santos del cielo; al contrario, todo el amor que le profesan todas las criaturas del cielo y de la tierra no es nada en comparación con el amor que merece. Sólo el Eterno Padre, que le ama con un amor infinito, le ama dignamente.

Y todo esto todavía no es bastante, si se considera que Jesús merece un amor infinito, no sólo por Sí mismo, sino también, por haberse humillado y sacrificado tanto por nuestro amor en su Encarnación, Pasión y Muerte, y, además, por haberse dado todo El, Cuerpo, Alma y Divinidad, por nuestro compañero, nuestro consuelo y nuestro alimento, hasta la consumación de los siglos en el Santísimo Sacramento. Son todas estas las razones y motivos por los cuales, si el infinito pudiese doblarse, sería menester que Jesús fuese amado con amor doblemente infinito. AMEMOS, pues a JESUS.

II. Jesús conocido por los católicos

Todos los hijos de la Santa Madre Iglesia han reconocido siempre a Jesús por Señor y por Dios. Siempre le han adorado, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, reconociéndolo por el Verbo Eterno, por la segunda persona de la Santísima Trinidad, por el Unigénito Hijo de Dios hecho hombre por nuestra salvación. De todas las maneras que han podido, le han dado siempre testimonio de esta creencia y de esta fe.

Todos los hijos de la Santa Madre Iglesia han dado testimonio de Jesús de que le reconocen por su propio Señor y Dios, sacrificando por su amor todo lo necesario, sin exceptuar nada. Cuando el amor de Jesús lo ha exigido, han renunciado a los propios bienes terrenos, a los honores, a los placeres de la vida y aun a la misma vida. De suerte que han preferido soportar cualquiera muerte, aun la más atroz, antes de hacer cosa alguna desagradable a Jesús. Vemos en la historia eclesiástica que no han sido centenares ni millares, sino millones y millones los santos mártires, de toda edad, condición y estado, que de esta manera han dado testimonio de su fe y de su amor a Jesucristo.

Vemos también en la misma historia que, en todos los siglos que cuenta la Iglesia, otras innumerables personas, sin que deber alguno obligase a ello, sino simplemente para dar pruebas de su amor a Jesús, se han preciado de sacrificarle todo lo que el mundo en gran manera estima, a saber, las riquezas, los honores, los privilegios, las comodidades de la vida, el estado de matrimonio, y se han resuelto a hacer vida de total desprendimiento y abnegación, para imitar así más de cerca los ejemplos de Jesús, para mejor conformar su propia vida con la vida divina y, de esta manera, dar a Jesús más gusto. Los hijos de la Santa Iglesia conocen bien quien es Jesús. Nosotros, que dichosamente somos de este número, de conformidad con el conocimiento que de El tenemos, AMEMOS A JESÚS.

III. Jesús, conocido de herejes, de

cismáticos y de protestantes

Generalmente todos los antiguos herejes hasta Arrio, y después todos los demás de los tiempos sucesivos, han reconocido a Jesús por Salvador y Redentor del mundo, por verdadero Señor y Dios, y, si bien han disentido de la fe de la Santa Iglesia Católica en algunos puntos de la doctrina cristiana, a pesar de esto han andado de acuerdo con ella, en cuanto a la fe en Jesús. Lo mismo hay que decir absolutamente de todos los cismáticos, los cuales, aunque después de haber roto los vínculos de la caridad y de la cristiana sumisión al Romano Pontífice, han sido excluidos del arca santa de la salvación, que es la Iglesia Católica, no obstante siempre han confesado, de la misma manera que nosotros, que Jesús es el Hombre-Dios, merecedor de la suprema adoración de todas las criaturas en la tierra y en el cielo.

Los protestantes, también herejes, que han desenterrado la mayor parte de las antiguas herejías, han reconocido asimismo a Jesús. Jesús es para ellos el Salvador, el Verbo eterno hecho hombre, como lo es para nosotros. Nunca acaeció que Lucero, Calvino, Zuinglio, Enrique VIII y otros heresiarcas demostrasen dudar de la divinidad de Jesús. Aun Calvino condenó a la muerte de fuego al hereje Servet, porque no reconocía la Divinidad. Y aun en nuestros días se da el caso de que los protestantes, juntamente con los católicos, combaten a aquel hombre impío (Ernesto Rénan) que ha escrito un libro contra Jesús. Los librereros protestantes se han negado a vender este libro, tal como se han negado a venderlo los buenos católicos, y en Berlín, que, entre las ciudades protestantes, es una de las primeras, está prohibida su venta, ni más ni menos que en Roma, capital del mundo católico.

Por lo cual es claro que no se puede dudar de que Jesús es reconocido por los herejes, por los cismáticos, por los protestantes, los cuales se llaman cristianos (aunque sean cristianos falsos), porque reconocen a Jesucristo por su Señor y Dios. ¡Pobrecitos! Le conocen, pero no le aman, porque están privados de la verdadera fe, lo cual es el fundamento de la verdadera caridad: no pueden amar a Jesús. En su lugar, nosotros, que podemos, AMEMOS A JESÚS.

IV. Jesús, conocido de paganos y de incrédulos

Es necesario tener presente aquella gran verdad proclamada por Tertuliano, a saber, que el alma humana es naturalmente cristiana; lo cual quiere decir que, si el hombre usa bien de la propia razón, fácilmente queda persuadido de la verdad de la fe, porque la verdadera religión, aunque superior, es, no

obstante, conforme a la razón humana. Dios ha dado a los hombres dos medios para conocer la verdad: la razón y la fe. Estos dos medios son diversos, pero no pueden ser contrarios entre sí, sino que necesariamente han de andar acordes, porque están ordenados a la consecución de un mismo fin, esto es, al conocimiento de la verdad, que forzosamente es una. Luego, el hombre que emplea bien su propia razón, aunque esté privado de la verdadera fe, está muy bien dispuesto para adquirirla y para llegar a ser cristiano, que quiere decir conocedor de Jesucristo. En efecto, como se desprende de toda la historia eclesiástica, cuando se predica la fe a los paganos, los que, entre ellos, desean ser iluminados por la verdad, la aceptan en seguida y adquieren el conocimiento de Jesucristo, del cual quedan muy satisfechos, y llegan a ser tan firmes en la fe, que no son parte para alejarlos de ella ni los tormentos ni el martirio. Reconocen a Jesús por Hombre-Dios, como su supremo Señor y Salvador, y se muestran como extasiados del admirable conocimiento que se les da de Jesús. En los relatos que nos remiten los Anales de la propagación de la Fe, vemos a aquellos nuevos cristianos, llenos de admiración, exclaman: ¡Oh, que Dios tan bueno es Jesús!, ¡Tan poderoso, tan grande, tan santo y al mismo tiempo, tan benigno, tan paciente, y, para nosotros, tan amoroso! Para ellos la imagen de Cristo crucificado es un libro donde aprenden lecciones que jamás olvidan; lecciones imborrables de la doble amabilidad de Jesús, Dios y Salvador de los hombres. Algunos hay que creen que, después de haber conocido a Jesús, casi no es posible pecar y ofenderle. Invitados a confesar sus nuevos pecados, responden: ¿Acaso no hemos recibido ya el Bautismo? ¿Es posible cometer los pecados de antes? Los paganos sinceramente amantes de la verdad fácilmente renuncian al culto de los ídolos, y, al conocer a Jesús, se sienten como forzados a amar a la infinita Bondad. Y, si son tantos los gentiles que no abrazan la fe de Jesús, ello es debido a que no quieren renunciar al desahogo y a la satisfacción de las pasiones desordenadas; desahogo y satisfacción a ellos permitidos por su religión pagana. He aquí porque, un día, el emperador de Japón decía a los misioneros: “Vuestra fe en Jesús es buena y santa, pero no la quiero aceptar por la razón que no me acomoda”. Si tantos paganos no conocen a Jesús, ello proviene de que no quieren abrir los ojos a la luz de una fe que no les agrada, porque saben que disiparía las tinieblas de los errores que les gustan y que quieren. ¿Qué maravilla que no vea el sol aquel que, para no verlo, tiene los ojos cerrados? Aún los incrédulos conocen a Jesús. No, no es verdad, generalmente, que no vean en Jesús al Hombre-Dios. Estos se han de colocar entre aquellos gentiles de quienes acabamos de hablar, que cierran los ojos para no ver lo que no quieren ver, es decir, una verdad que les incomoda y les espanta. He aquí como argumenta el incrédulo: Si creo en Jesús, esto

es, en su religión, he de creer que viviendo mal iré al infierno; es así que yo no quiero dejar de vivir mal, por la satisfacción que en ello encuentro, y, por otra parte, no tengo ánimo para pensar que, de esta manera, encontraré la desdicha eterna; luego, no me acomoda creer en Jesús; persuádmeme de que su religión no es verdadera es el único medio que tengo para alejar de mí todo temor y todo espanto. De aquí que no es cierto que, generalmente hablando, el incrédulo no conozca a Jesús; lo que hace es procurar y trabajar constantemente para no conocerle. Había una señora anciana y bastante juiciosa, a la cual le salió, en una pierna, una llaga cancerosa que la llevó a la sepultura. En cuanto esta señora se dio cuenta de la malignidad de su mal, para no espantarse, nunca quiso verlo, durante todo el tiempo que todavía vivió. Otro tanto hace el incrédulo: cierra los ojos a la fe, porque la fe le enseña el infierno abierto a los que, como él, quieren vivir mal.

En efecto, acontece muchas veces que los incrédulos, cuando se ven cara a cara con la muerte, conocen que, desde aquella hora todas las ilusiones de una vida desordenada se han de acabar infaliblemente, y, conmovidos por el horror que les infunde el paso que han de dar de este mundo al otro, abren enteramente los ojos y ven con claridad lo que siempre han procurado no ver. Conocen entonces la verdad de la fe, a cuyo juicio se han de presentar tan pronto; entonces los incrédulos se convierten casi forzosamente en creyentes. Esto ha sucedido aun a los más famosos, los cuales, al llegar a la terrible meta, o se han entregado a una rabiosa desesperación, o han pedido humildemente a Dios misericordia. El mismo Voltaire murió furiosamente rabioso, porque nadie quiso ir a buscar al sacerdote que pedía para reconciliarse con aquel Jesús de quien había blasfemado hasta la edad de ochenta y cuatro años. (He aquí las palabras de su médico Teodoro Franchin, protestante: "Para ver las furias de Orestes bastaba estar a la cabecera del lecho de Voltaire")

La incredulidad es un escudo muy cómodo, mientras dura la vida bestial que se quiere hacer, pero, en presencia de la muerte, el hombre se ve obligado a lanzarlo, aunque no quiera. Nosotros, por la divina Misericordia, no tenemos la desgracia de cerrar los ojos a la fe de Jesús. La fe nos lo hace ver y nos da a conocer como Sol del universo, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, que irradia un resplandor incomparable por el mismo Paraíso, según aquello que nos dice San Juan: *Lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum* (Jo., I,9). "Existía la luz verdadera, que con su venida a este mundo ilumina a todo hombre" (Jn. 1, 9). *Lucerna eius (civitatis) est Agnus* (Apc. 21,23) "La ciudad no tiene necesidad de que la iluminen, porque la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el cordero" (Apoc. 21, 23). Corresponda pues, nuestro

amor, a este gran conocimiento que tenemos de Jesús. AMEMOS A JESÚS.

V. De la justicia, la santidad y delicias del amor a Jesús

Sólo el bien merece ser amado: sólo la bondad tiene derecho al amor, y cuanto mayor es la bondad, tanto mayor es también el amor a que tiene derecho. Ya se ve, por lo que hemos dicho, que el amor es justo, si es bueno el objeto al cual se dirige, y que cuanto mejor es éste, tanto más justo es aquél. Ahora bien, conociendo nosotros que en Jesús está todo el bien, y que El es la misma infinita Bondad, y conociendo, además, que es Bondad infinitamente benéfica, no se puede dudar de que es absolutamente justo el amor que se tiene a Jesús, y que es la suma justicia amarle tanto cuanto es posible amarle. Esta es la primera justicia: que AMEMOS A JESÚS.

Las cualidades del objeto amado son las que determinan y constituyen la naturaleza del amor, de suerte que, si el objeto amado es impuro, impuro es el amor; si el objeto amado es vil, vil es el amor; si el objeto amado es noble, noble es el amor; si el objeto amado es santo, santo es el amor. El amor al barro sería un amor impuro; el amor a las piedras sería un amor vil; el amor a la sabiduría sería un amor noble; el amor a la santidad sería un amor santo. Ahora bien, siendo Jesús la misma santidad, santidad incomparable e infinita, síguese que es santo, sumamente santo el amor a Jesús. Reparad bien que el amor a Jesús no sólo es un amor santo y santísimo por sí mismo, sino también un amor santificador, que santifica al cristiano que lo posee, de manera que no puede haber un cristiano que ame a Jesús sin que, al mismo tiempo, sea un cristiano santo. El cristiano que ama a Jesús podrá tener defectos, podrá tener imperfecciones, pero nunca podrá ocurrir que no sea un cristiano santo, como no puede ocurrir que un objeto expuesto al sol no sea iluminado, o que, arrojado al fuego, no sea calentado. Cristiano amante de Jesús y cristiano santo es siempre una misma cosa. Luego, si queremos amar santamente y santificarnos amando AMEMOS A JESÚS.

Un amor tan justo, un amor tan santo como el amor a Jesús, es también un amor delicioso. Lo proclaman en alta voz todos los que han hecho la prueba: el amor a Jesús es un amor delicioso. Es esto tan cierto, que San Juan de la Cruz no dudaba en decir: bienaventurado y enamorado significan una misma cosa; es decir, los enamorados de Jesús son los verdaderos felices que viven en el mundo, por la abundancia de las divinas delicias que derrama en el corazón el amor a Jesús. Quisiera que la brevedad que me he propuesto no me impidiese transcribir todos los rasgos con los cuales el

mismo San Juan de la Cruz, este enamorado de Jesús, describe las magníficas e inefables dulzuras, ternuras, goces y sabores de gloria eterna que gustan y saborean las almas perfectamente amantes de Jesús, y forman, como él mismo la llama, una íntima fiesta, en la cual son anticipadamente bienaventuradas en esta vida, a semejanza, podríamos decir, de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, cuando estaban con Jesús en el Tabor, rodeados de gloria. Que el amor a Jesús sea un amor delicioso, lo saben especialmente los que hacen una vida ásperas de penitencia y de trabajos, por amor a Jesús, y, más que todos, lo saben los que tienen la suerte de sacrificar la vida por su amor. Esos son los más bienaventurados, porque son los más enamorados. Lo que mayormente repugna al sentido y a la natural flaqueza; lo que acarrea, no sólo dolor y consternación sino también una muerte dura y atroz, es endulzado por las delicias interiores que el amor a Jesús derrama profusamente sobre su corazón. Los paganos estaban fuera de sí de tanta admiración, al ver como los santos mártires morían con tanta mayor alegría cuanto mayores eran los dolores que padecían en sus cuerpos; no conocían el secreto del amor a Jesús, amor divinamente delicioso. Oh vosotros, los que andáis perdidos tras las satisfacciones que el mundo os da, y que os place llamar con el nombre de delicias; persuadíos de que no sabéis que cosa sea verdadera delicia; si ustedes supieran lo que es verdadera delicia, tendrían por tormento vuestros goces de costumbre; no daríais este nombre tan hermoso sino a las delicias que proceden del amor a Jesús. Todos buscamos la felicidad; por lo mismo todos quisiéramos ser bienaventurados y podremos serlo de verdad, si queremos, enamorándonos de Jesús. Repitámoslo una vez más: bienaventurados y enamorados de Jesús es una misma cosa; luego AMEMOS A JESÚS.

VI. Para amar a Jesús, amemos al prójimo

Me parece que, después de lo dicho, todos deberíamos arder en deseos de amar a Jesús. Deberíamos invitarnos mutuamente, exhortarnos y alegrarnos con gozo y júbilo del Espíritu Santo, repitiendo y cantando una y otra vez Amemos a Jesús, amemos a Jesús. Más, para que el banquete, la exhortación y esta alegría no acaben en simples aspiraciones, veamos que hemos de hacer para amar a Jesús. Quiere el amor a Jesús que amemos a nuestros prójimos. El mismo Jesús lo dice claramente, cuando no nos permite que excluyamos de nuestro amor ni aún a los mismos enemigos. Y, cuando nos asegura que recibe como hecho a El todo lo que hacemos por el prójimo, nos fuerza irresistiblemente a amarle. ¡Cuánto bien hago a mi hermano lo hago a Jesús! Aquel trozo de pan,

aquel vestido, aquella moneda, aquel consuelo, aquel socorro que doy a mi hermano, es aceptado por Jesús como si se lo diese a El en persona. ¿Y es posible, si tenemos fe, que nos sepa mal hacer un poco de bien a Jesús?

Luego, si amamos a Jesús, amemos a nuestro prójimo, pero con amor verdadero y eficaz, que no se manifieste tan sólo en afectos y en palabras, sino que pase a las obras; más aún, procuremos hacer a nuestro prójimo todo el bien que podamos, así corporal como espiritual. Algunos son propensos a hacer tan sólo el bien espiritual que, generalmente, no cuesta sacrificio, ni de dinero ni personales, como dar un aviso, un consejo, hacer una súplica... No, esto sólo no basta; no hemos de ser tan espirituales que nos olvidemos de que nuestro prójimo tiene un cuerpo que está sujeto a necesidades, a veces tan imperiosas, que la caridad ha de socorrer. Otros tienen propensión a hacer tan sólo al bien corporal que impresiona los sentidos y no se preocupan del bien espiritual. También, esto es malo. No hemos de ser tan sensibles, o mejor tan sensuales, que hagamos únicamente caso de aquel bien que se ve con los ojos, y se palpa con las manos. Nuestro prójimo, juntamente con el cuerpo, tiene alma, que muchas veces padece necesidades gravísimas de consecuencias funestas, irremediables y eternas. ¡En necesidad tan espantosa está nuestro prójimo cuando le falta el amor a Jesús! Pues bien: con sabios consejos, con amorosas exhortaciones, con obras de caridad, con la oración, socorramos a nuestro prójimo siempre que esté tan necesitado, y, por todos los medios posibles, prevengámosle para que no caiga. Para este fin, impidamos el escándalo, procuremos la instrucción religiosa y moral, induzcamos a los perezosos a la frecuencia de los Sacramentos y de las demás prácticas piadosas; trabajemos, finalmente, con todo celo, para que en cuanto dependa de nosotros, a nadie falte el amor a Jesús. El ejercicio de la caridad fraterna corporal y espiritual sea una prueba continua de que AMAMOS A JESÚS.

VII. Para amar a Jesús, amemos a la Iglesia

La santa Iglesia, la Esposa de Jesús, la Esposa que Jesús ha purificado y ha santificado con su Sangre, y a la que quiere gloriosa, sin mancha, sin arruga ni otra alguna imperfección, como dice el Apóstol escribiendo a los Efesios (capítulo V); la santa Iglesia, amada por Jesucristo inefablemente, ¿no merecerá nuestro amor? ¿No nos sentiremos obligados a amarla, si queremos amar a Jesús? Sería cosa evidentemente imposible amar a Jesús sin amar a la Iglesia, su amadísima Esposa. Jesús es el Esposo de la Iglesia, y se ha hecho una sola cosa con ella; por lo tanto, todo lo que

se hace a la Iglesia se hace a Jesús. Así, Jesucristo, hablando a Saulo (después San Pablo), que perseguía a la Iglesia, no le dijo: ¿Por qué persigues a mi Iglesia? sino que le dijo: ¿Por qué me persigues? ¡Ah desgraciados perseguidores de la Iglesia! Sin que lo piensen, persiguen a Jesús, a Jesús, el Cordero de Dios, pero también el terrible León de Judá. Quiere decir todo esto que, si el que persigue a la Iglesia persigue a Jesús, aquel que, al contrario, ama a la Iglesia, ama a Jesús, y el que no ama a la Iglesia no ama a Jesús. Luego, para amar a Jesús, amemos a la Iglesia. Por esta Iglesia no hay que entender una Iglesia ficticia, imaginaria, como se figuran capciosamente los protestantes y aquellos que, si bien se llaman católicos, no poseen la verdadera fe, por causa de los errores que profesan, aprendidos en los libros y en los periódicos malos o de las lenguas de los descreídos. No; aquí no se habla de una Iglesia ficticia, y, por lo mismo, falsa; aquí se habla de la verdadera Iglesia de Jesucristo, fundada por Él sobre San Pedro; de la Iglesia que tiene por cabeza visible al sucesor de San Pedro, el Romano Pontífice. Esta es la Iglesia verdaderamente católica, extendida a todos los tiempos y a todos los lugares, la congregación de los fieles que creen en las mismas verdades, participan de los mismos Sacramentos y están sujetos a sus legítimos Pastores, especialmente al Pastor universal, el Pontífice de Roma. Esta es la Iglesia, la verdadera Esposa de Jesucristo, a la cual hemos de amar con Jesús, y, si hemos de amarla, no podemos, ciertamente, entristecerla, sino que hemos de darle contento y obedecerla.

No entristezcamos a la Iglesia mostrándonos displicentes con ella e indiferente a sus intereses; callando torpemente, por respeto humano cuando sus enemigos hablan contra de ella, o también, y esto sería peor, haciendo coro a sus maliciosas murmuraciones, cuando hablan mal de su cabeza, el Romano Pontífice, de sus obispos, de sus sacerdotes y religiosos; cuando desprecian sus ritos sus prácticas y sus sacramentos. Contentemos a la Iglesia, correspondiendo a sus amorosas invitaciones y a sus exhortaciones maternales, cuando nos llama a participar de todos los bienes que, en tanta abundancia, le ha dejado para nosotros Jesús; promoviendo sus santas instituciones y trabajando en todo lo que pueda contribuir a su embellecimiento y a su prosperidad. Obedezcamos a la Iglesia. Ella tiene autoridad para mandarnos. La ha recibido del mismo Jesús. Esposa de Jesús, Ella es nuestra Madre. Los hijos deben obedecer a la madre; si no la obedecen, no la aman. Obedezcamos, pues, a la Iglesia observando todas sus leyes, respetando todos sus decretos. Cuando oímos la voz de la Iglesia, hagamos cuenta de que oímos la voz de Jesús; respondamos siempre a todos sus mandatos con actitud de humilde de sumisión. ¡Oh! ¡Amemos a la Santa Iglesia! Amémosla mucho, procurando imitar el amor que le

tenía San Juan Crisóstomo, cuando exclamaba: La amo, la amo, la amo, y estoy embriagado de amor por ella. Si, amemos a la santa Iglesia, pues, de esta manera AMAMOS A JESÚS.

VIII. Para amar a Jesús defendamos cuanto podamos su honor

Si hablas mal de la persona amada o la injurias en presencia de su amado, si éste la ama de verdad, no podrá, aunque quiera, mostrarse indiferente a vuestra osadía, sino que se sentirá movido por el afecto de defender su honor con fuerza y eficacia. Si nosotros amamos de verdad a Jesús, no podremos obrar de otra manera, al oír o al ver que se le ultraja. Estamos en unos tiempos en que los enemigos de Jesús, que quiere decir enemigos del bien, tienen harto atrevimiento para injuriar de mil maneras a Jesús. Lo que casi no ocurría en tiempo de San Agustín, como él mismo lo afirma, cuando todavía existía tanto paganismo en medio del mundo civilizado; ocurre frecuentemente en nuestros tiempos, en los cuales ya ha desaparecido el paganismo: esto es, que se blasfema de Jesús. Es menester, pues, que los que le aman defiendan su honor despreciado, y pueden hacerlo de dos maneras: Primeramente no dejando sin castigo la blasfemia. Por lo cual, si sucede que la blasfemia se profiere en nuestra presencia, debemos guardarnos bien de aquel respeto humano que nos aconseja guardar silencio, bajo el pretexto de prudencia, para evitar una cosa peor. El hijo que asiste impasible a la injuria hecha a su padre, el agraciado a la del bienhechor, el criado a la injuria hecha al señor, dan pruebas de imperdonable vileza; tanto más daríamos nosotros, si asistiésemos impasibles y silenciosos a la injuria hecha a Jesús; y esto por el amor que le debemos, infinitamente más grande que el debe el hijo al padre, el agraciado al bienhechor, el criado al señor. Por lo cual sin salir nunca de la moderación propia de la caridad y de la verdadera prudencia cristiana, es menester rebatir la blasfemia si es proferida por el que habla con nosotros. Es necesario que mostremos por ello un íntimo dolor e indignación; es necesario que demos a entender que nos ofende profundamente la ofensa hecha a Jesús.

Digo si la blasfemia es dicha por quien habla con nosotros. Porque, si oímos la blasfemia en la calle, proferida por ciertos demonios en carne humano, los cuales desean que se les avise o se les reprenda para tener ocasión de blasfemar más contra de Jesús y contra los que por su honor sacan la cara, entonces es mejor hacer como quien no oye nada, y bendecir entretanto, en silencio, al Señor y seguir nuestro camino. La otra manera de defender el honor menospreciado de Jesús es el procurarle, por todos

los medios posibles, muchas bendiciones. Por lo cual, si amamos a Jesús, éste ha de ser nuestro gran deseo: mover a todos los buenos cristianos a bendecir a Jesús. Los buenos cristianos son todavía muchos, por la gracia de Dios, y muchas veces dejan de hacer un bien, no porque no quieran hacerlo, sino porque no hay quien se lo sugiera, o porque no saben comenzar. Esto ocurre precisamente respecto a las bendiciones, que podrían multiplicarse, al nombre y a la persona adorable de Jesús. Son varias estas bendiciones que podrían multiplicarse; pero, considerando que una, entre todas, está muy divulgada, por lo cual es la que más fácilmente será acogida, procuremos singularmente promoverla, para honrar a Jesús. Es ésta, la piadosa salutación: Alabado sea Jesucristo. – Por siempre sea alabado. Con la cual se ganan indulgencias, como todos lo saben. Luego, los que aman a Jesucristo procuren concertarse para difundir y generalizar más y más esta preciosa bendición al Nombre Santísimo de Jesús. Ruego, por lo tanto a Jesús, por la santidad, por la dulzura, y por la virtud de su Nombre, que quiera dar fuerza y eficacia a estas mis palabras. Si amamos a Jesús, procuremos que, por todas partes, se esparzan carteles donde esté impreso tan hermoso saludo, y que se difundan abundantemente por las ciudades y por el campo, y que sean fijados en las casas, como recuerdo: exhortamos a que hagan uso de ella las personas de nuestra amistad y parentesco; sobre todo, comencemos nosotros por dar de ello buen ejemplo, que será más eficaz que todas las exhortaciones. Allí donde vemos que el respeto humano se opone a la piadosa conversación, lo cuál ocurrirá más fácilmente entre las personas de condición seglar que suelen padecer de semejante mal, roguemos a los fervorosos que se concierten con pacto expreso para saludarse cada vez de esta manera, siempre que la sabia y verdadera prudencia cristiana lo permite. De este pacto, hecho en diferentes lugares de la ciudad o del pueblo, se seguirá que, acá y allá, se irá venciendo aquella vergüenza vana, y la piadosa práctica se establecerá y se extenderá en amplias proporciones, de suerte que ninguno de los cristianos piadosos se avergonzará ya de saludar con un saludo tan santo, que, por otra parte, es la más noble y la más gloriosa que puede emplear el que cree en Jesús. Es de prever que, sin este convenio, el intento no tendrá tanto éxito; porque ocurre que todos los buenos quieren comenzar, pero ninguno se atreve a mostrarse el primero. Si las personas que aman a Jesús trabajan de esta manera para multiplicar las bendiciones a su santo Nombre, llegarán a obtener que el número de estas bendiciones supere, en mucho, al número de las blasfemias que hoy se profieren. A comenzar, pues: con una y otra de estas maneras defendamos el honor de Jesús. Ésta será una verdadera prueba de que AMAMOS A JESÚS.

IX. Para amar a Jesús, unámonos a Jesús

Sería imposible encontrar dos verdaderos amigos los cuales, pudiéndolo hacer, no procurasen vivir juntos en la más íntima unión. El amor une más de lo que es posible a las personas que se aman recíprocamente. Si el amor no busca esta unión, no es amor verdadero. Luego ¿amamos verdaderamente a Jesús? Unámonos con Jesús. Pero unámonos con Jesús del mejor modo posible, con la más íntima unión que podamos tener con El. El cristiano entiende fácilmente que, para esto, no basta la simple unión que el vínculo del amor supone, pues el cristiano entiende que puede tener con Jesús una unión mucho más íntima.

¡Ah, la invención (tan admirable, que parecería increíble, si la fe no nos obligase a creerlo); ¡ah la invención de la caridad de Jesús, para unirse con nosotros! ¡El Santísimo Sacramento! He aquí a Jesús, que, realizada la obra de nuestra Redención, gloriosamente resucitado de la muerte, se aparece muchas veces a sus discípulos y habla con ellos; pero, pasados cuarenta días, los reúne en torno suyo por última vez, los bendice y, a la vista de ellos, se levanta de la tierra atraviesa las nubes y las esferas, y va a sentarse a la derecha del Padre. ¿Es que Jesús abandona a sus amantes? ¿No estará ya más con ellos en este mundo? ¿Habrá desde entonces, entre ellos y Jesús, aquella inmensa distancia que hay entre lo más encumbrado de los cielos y la profundidad de este valle de lágrimas? Sería herejía creerlo. Jesús, antes de comenzar su Pasión, había ya instituido el Santísimo Sacramento, en el cual se quedaba en la tierra con su real presencia. Jesús asciende al cielo, pero todavía permanece en la tierra, y no queda en un solo lugar, como cuando estaba visiblemente entre los hombres, sino que se le encuentra en toda iglesia o capilla donde esté el Santísimo Sacramento del altar (¡sea por siempre alabado!) Los discípulos, los cristianos esparcidos por todo el mundo, allí donde, a lo menos, haya un solo sacerdote y una pequeña iglesia tienen consigo a Jesús! ¡Oh exceso del amor de Jesús! En su omnipotencia ha encontrado la manera de quedarse con nosotros hasta el fin de los siglos en todos los lugares de la tierra, para que podamos gozar siempre de su compañía. Más ¿que digo de su compañía? De la unión más íntima con El, pues por medio del Santísimo Sacramento se ha hecho nuestro manjar y nuestra bebida, para incorporarse a nosotros, como el alimento se incorpora al que lo toma. ¡Oh exceso siempre mayor del amor de Jesús! ¿Quién podrá entenderlo? ¿Quién podrá creerlo? Es enteramente incomprensible. Lo hace creíble la fe y el pensar que Jesús es Dios. Ha obrado como Dios, es decir, ha obrado hasta más allá de toda posibilidad. Esta consideración, que es de San Juan de la Cruz, hace que cese toda admiración cuando se tienen en

cuenta las obras más maravillosas del Amor Divino. Acabe, pues, toda admiración. Jesús ha obrado como Dios; si hubiese sido menos que Dios no hubiera sido posible un exceso tan grande de amar. Adoremos, pues, el incomprensible misterio del amor de Jesús. Por lo dicho ya se ve cuanto desea la unión con nosotros y la unión más continua y más íntima. Por lo tanto, si amamos a Jesús, contentémoslo en este su deseo. El Sagrario debería ser el imán de nuestro corazón, y, así como el hierro nunca se separa del imán, sino es por la fuerza, de la misma manera nosotros no deberíamos separarnos nunca del Sagrario sino por la fuerza; digo por la fuerza, es decir cuando nuestros deberes particulares nos separasen de Él. Si amamos a Jesús, démosle gusto, haciéndola devota y amable compañía ante su Sagrario, donde está noche y día, como dicen los santos, prisionero de amor por nosotros. Más, como quiera que la Iglesia desea mucho más, es decir, la unión más íntima por medio de la Sagrada Comunión, frecuentemos la Sagrada Comunión tanto cuanto nos sea posible. Aquí es donde Jesús no sólo se une, sino también se incorpora a nosotros, alimentándonos con su Carne, dándonos a beber su Sangre divina. ¡Oh sagrado Banquete, donde nos alimentamos substancialmente de Jesús! Cuando recibimos la Eucaristía, y durante todo el tiempo que en nosotros permanecen las especies sacramentales, nuestras entrañas tienen la misma suerte que tuvieron las entrañas de la Inmaculada Virgen María: *Beata viscera Mariae Virginis, quae portaverunt aeterni Patris Filium!* Nuestras entrañas llevan entonces el Hijo del Eterno Padre! ¡Entonces esta cerca de nuestro corazón; de un corazón al otro se responden y se confunden los latidos! ¿De qué manera podría el hombre tener una unión más íntima con Jesús?

Reparad bien ahora que, así como se ha quedado en los sagrados Tabernáculos para que todos los días, podamos divinamente conversar con Él, también se ha quedado en el Santísimo Sacramento, para que todos los días podamos alimentarnos de Él, como del pan, y del pan nuestro de cada día, como se llama a Sí mismo en la oración dominical. Por esto, si amamos a Jesús, hemos de acercarnos a la Sagrada Comunión con la mayor frecuencia que nos sea posible.

¡Ah! ¿No volverán más aquellos buenos tiempos, en los cuales, generalmente, todos los cristianos oían, por la mañana, la santa Misa y, en ella, juntamente con el sacerdote, participaban a la Mesa divina? ¡Ah, si volviesen aquellos tiempos felices! Que nadie se atreva a censurar estos mis deseos, que son los deseos de la Santa Madre la Iglesia, reunida en el Sagrado Concilio de Trento (Ses. XXII, c.6); deseo del todo conforme con la doctrina del Catecismo Romano, que es también, el Catecismo de la Iglesia, el cual exhorta a los pastores de las almas a que procuren que los fieles se aficionen a la Comunión diaria (§ 2, De sacr. Euch, n. 60). ¡Ah! ¿Cómo es que, en parte

por pereza de los cristianos, y, en parte, por las doctrinas demasiado rigurosas, se han esparcido y preponderan tantos prejuicios, en menoscabo de la Comunión frecuente y cotidiana? Consolémonos de que estos prejuicios vayan perdiendo su fuerza. La Comunión frecuente y diaria va, todos los días, en aumento, y es de esperar que los prejuicios quedarán, un día, enteramente disipados y destruidos. Nosotros, entretanto, si amamos a Jesús, procuremos llevar una vida purificada de pecados, en cuanto sea posible a la fragilidad humana; guardémonos bien de todos los pecados plenamente advertidos, los cuales, por lo mismo que son plenamente advertidos; todos los que quieren los pueden evitar; por lo cual, con la mayor frecuencia, y, si es posible, todos los días, vayamos a gustar el maná del cielo, que, para nosotros siempre está dispuesto y preparado en el sagrado banquete.

He aquí el texto del Concilio Tridentino: "Desearía ciertamente el Sacrosanto Concilio, que en todas las misas, los fieles que a ellas asisten comulgasen no sólo con el afecto espiritual, sino también, con la recepción de la Eucaristía" El Catecismo Romano dice así: "Es regla certísima aquella de San Agustín: Vive de manera que puedas comulgar todos los días, por lo cual será obligación del párroco exhortar con frecuencia a los fieles a que, así, como todos los días piensan que es necesario dar alimento al cuerpo, de la misma manera no descuiden el dar el alimento al alma con este Sacramento, pues es cosa clara que no menor necesidad tiene el alma del alimento espiritual, que el cuerpo del material." Hay que notar que no es autoridad de San Agustín, sino de un tal Gennadio, autor oscuro, aquella que le es atribuída aun por San Francisco de Sales, en la Filotea (parte II, cap. 20): Comunión diaria ni la alabo ni la condeno. Esta no es autoridad de San Agustín; al contrario, hablando de la Eucaristía, dice: Es el pan de cada día; tomadlo pues diariamente. Además ¿no hemos de loar lo que tan expresamente aprueba la Iglesia y tanto desea que se haga? Sentada la doctrina de la Iglesia tan clara y evidente, aquella proposición: La Comunión diaria, no la alabo ni la condeno, no puede en manera alguna aprobarse. Vid. Segur, la Sagrada Comunión sería de desear que todos los cristianos devotos leyesen esta obrita.

Y nuestros directores espirituales, si nos ven muy atentos a huir del pecado, aunque no seamos ángeles (que no podemos serlo en este mundo); si nos ven verdaderamente deseosos de dar gusto a Jesús y de unirnos con Él con la unión que más le gusta, con seguridad nos permitirán un bien tan grande, que será el consuelo de Jesús y nuestra santificación. (Hay que notar que el autor escribía esto antes del decreto vigente sobre la comunión diaria, al cual remitimos a los lectores N. del T) Y, en efecto ¿qué otro medio de santificación de las almas pueden haber en el mundo comparable a la frecuente y diaria Comunión? Los frutos que producían todos los árboles del paraíso

terrestre eran, sin duda, saludables; pero el más saludable era el producido por el árbol de la vida, que tan exactamente representa al Santísimo Sacramento. Todas las prácticas de piedad, los rosarios, los oficios, las meditaciones, las mortificaciones, etcétera, son otros tantos medios de santificación de las almas; pero ninguna vale tanto como el Santísimo Sacramento. No sólo las almas que viven con el santo temor de Dios, sino también las almas pecadoras, si enseguida que dejan el pecado, comenzasen a frecuentar la Sagrada Comunión, quedarían aseguradas en la perseverancia en el bien y no fallaría su santificación.

Si amamos a Jesús – no me cansaré de repetirlo-, si amamos a Jesús, unámonos con Jesús en la Sagrada Comunión, lo más frecuentemente que podamos. Quiero, además, añadir que, en cuanto nos sea posible, promovamos en los demás la Comunión frecuente y cotidiana, exhortando a ella a nuestros hermanos. De esta manera daremos gusto a la Iglesia, que expresamente demuestra un deseo tan vivo de ello en el Concilio Tridentino y en su Catecismo. Y no se puede dudar de que el deseo de la Esposa es el deseo del Esposo, el cual, en efecto, tiene dispuesta diariamente la Mesa divina para todos los que a ella se acercan con la vestidura nupcial de su gracia. Si así lo hacemos, daremos contento a la Iglesia, daremos contento a Jesús, y nuestras almas y las de nuestros prójimos serán santificadas. Nos unimos todos de la mejor manera con Jesús y podremos decir con confianza que, en verdad, AMAMOS A JESÚS.

X. Para amar a Jesús, asegurémonos el Paraíso

En resumen ¿qué quiere de nosotros Jesús? Quiere que, después de haberle amado en la tierra, en el breve transcurso de esta vida, vayamos a amarle eternamente en el cielo. Por lo tanto, si queremos amar a Jesús, lo cual quiere decir, si queremos hacer la voluntad de Jesús, debemos asegurarnos el cielo. Allá arriba se ha de consumir y cumplir nuestra unión con Jesús comenzada en la tierra; allá se ha de consolidar y asegurar de tal manera, que toda desunión entre nosotros y Jesús sea para siempre imposible; allá, por esta perfecta y perdurable unión, se ha de consolar eternamente en nosotros el Corazón de Jesús. ¿Y qué haremos en el cielo, sino consolarnos mutuamente nosotros y el Corazón de Jesús? Jesús nos consolará, haciéndonos entrar en el gozo de su divinidad; nosotros consolaremos a Jesús, porque en nosotros nada habrá que le desagrade, sino, al contrario, habrá en nosotros todo lo que le complace y contenta. Allá la criatura puede decir siempre y con verdad: Mi amado Jesús es todo para mí, y yo soy todo para Él. Sea, pues, este nuestro empeño: asegurarnos el Paraíso. Para este fin

evitaremos todo mal, esto es, todo aquello que el mundo tiene de vicioso y defectuoso, y haremos todo el bien, practicando todas las obras buenas que se puedan practicar. Esta es la verdadera manera de asegurarnos el paraíso, porque es imposible que lo pierda aquél, que hace todo lo que ha de hacer para conseguirlo. Por lo tanto, por encima de todos nuestros pensamientos, ha de dominar siempre el de asegurarnos el paraíso; que todos los demás pensamientos que tengamos, sean para secundarlo, y persuadámonos de que, en comparación con la importancia que este tiene, todos los demás pensamientos no tienen ninguna importancia. Guardémonos de fomentar ningún pensamiento que pueda ponernos en peligro de perder el Paraíso. Es la palabra de Jesucristo que nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo con la pérdida de su alma. En el mundo hacen los hombres gran caso al dinero y de los bienes terrenos, de las ciencias y de las artes, de los placeres y de las satisfacciones, y, en nuestros días de un modo especial, hacen gran caso de los intereses políticos. Parece que muchos, muchísimos, creen haber nacido para los bienes de la tierra, y que, una vez obtenidos éstos, nadan han de buscar más allá. Entretanto ¿qué se hace en el mundo? En el mundo hay un continuo morir. Aquel que compra un palacio lo adorna y muere; éste adquiere una finca, la cultiva y muere; otro llega a ser literato, artista, político de fama, más ¡pobrecitos! ¡Mueren, sin llevarse consigo cosa alguna que pueda ayudarles para la otra vida! Aunque la muerte sea la cosa más aborrecida y más esquivada, en el mundo no hay más que una continuada muerte.

Hace tiempo que, un día en Génova y otro en Turín, nadie murió- Todos se maravillaron, y el hecho salió publicado en los periódicos. ¡Verdad muy dura para los hombres, pero muy evidente verdad! En el mundo hay una continuada muerte. Aquí, de todos los bienes que el mundo nos presenta, nos podemos asegurarnos ninguno, ni por un tiempo muy breve: asegurémonos el paraíso; éste es el único bien que podemos asegurarnos, y asegurado éste, todo está asegurado. ¡Ah, si tantos y tantos que van muriendo de día en día, pudiesen volver a la vida, después de haber visto como son las cosas del más allá! No serían, ciertamente, tan necios e inconsiderados que diesen a las vanidades de la tierra la importancia que en vida les dieron. Nosotros, que todavía estamos a tiempo, compadezcámonos de las ilusiones de tantos hermanos nuestros, pero asegurémonos el Paraíso, es decir, la unión eterna con Jesús. Así hemos de hacerlo, si amamos nuestro verdadero bien, SI AMAMOS A JESÚS.

XI. ¿Y María?

Al hablar de Jesús, es imposible olvidar a María. Así como aquel que insulta a Jesús, no deja de insultar a María, de la misma manera el que bendice a Jesús, no deja de bendecir a María: a María, la bendita entre las mujeres, que nos ha dado el fruto bendito, Jesús; la gran Madre de Dios, que puede y quiere hacernos tanto bien a lo largo de nuestra vida; María, que, aunque tan santa, no nos desprecia a nosotros pecadores, sino que nos consuela y socorre, como madre muy amorosa; María, que, sobre todo, nos asistirá en la última hora, para que demos un buen paso hacia nuestra verdadera patria, que es el reino de Jesús, donde podremos decir con toda verdad que AMAMOS A JESÚS. No olvidemos, pues, a María; acudamos a ella en todas nuestras necesidades; glorifiquemos su bondad; veneremos su santidad; proclamemos sus glorias; imitemos sus virtudes. Si de esta manera somos devotos de María, tendremos la gracia de amar a Jesús. María es la Madre del Amor Hermoso: ¿y cuál es y cuál puede ser el amor hermoso, sino el amor a Jesús? Seamos, pues, verdaderos devotos de María, y así podremos decir, desde ahora, que verdaderamente AMAMOS A JESÚS.

ORACIÓN DE AMOR

Haced, Señor, que os ame más que todo y más que a todos, por encima de todo y de todos, y si fuere preciso, en contra de todo y de todos. Que no haya nada, ni nadie, capaz de sacarme, de apartarme, ni detenerme en vuestro amor. Que viva respirándolo continuamente, y que todo mi aliento y vida, todo mi gozo y delicia, todo mi sufrimiento y pena sea siempre

por vuestro amor. Bien queréis, mi buen Jesús, que yo ame a vuestras criaturas, mis semejantes; pero no queréis que mi corazón se detenga y ponga en ellas su morada. Vos queréis, Señor, que las ame como de paso, yendo y volviendo de vuestro corazón amorosísimo que nos abraza dulcemente a todos. Lo sé, lo veo y no lo hago; es enteramente culpa mía; perdonadme. Es dolencia de mi corazón; curadle. Es flaqueza de mi amor: fortalecedlo. Es mi propia e íntima bajeza: ¡levantadme, Señor!

Si yo mismo me ato, y corto mis alas ¿a quien dará la culpa de no volar libremente a Ti? Más yo os pido que deshagáis y separéis misericordiosamente todo lo que mi corazón neciamente haga y junte. De Ti solo será la gloria; pero, ¡por piedad, mi buen Jesús! ayudad mi amor. Vos mismo guiadme, conducidme, obligadme, castigadme, dadme sufrimiento, calumnia, pobreza, desprecio, oprobio, martirio, más no me arrojéis jamás de vuestro Corazón. Que sea mi nido de amor, el palacio de mis goces y delicias, la dulce soledad de mis intimidades, el impenetrable secreto de mis confidencias, la fuente sagrada de mis amabilidades, el santo lazo de mis amistades, la pureza de mis afectos, el bálsamo de mis llagas, el consuelo de mis sufrimientos, el remedio de mis debilidades, el perdón de todas mis culpas, el triunfo sobre mis tentaciones, la fuerza de mi elevación hacia Vos. Que yo viva, piense, hable, obre y ame sólo en Vos, por Vos y para Vos. Y cuando un día haya de presentarme ante vuestra Soberana Majestad tremenda y amable, que no tengáis que pedirme cuenta de haber amado jamás a nadie, ni más, ni tanto como a Vos. Amén.

AMEMOS A MARÍA

I. ¿Quién es María?

María es una hija de Adán y Eva, pero tan distinta de todas las demás, que se puede decir que Ella es hija de Adán y Eva inocentes, no pecadores; en cuanto que la mancha del pecado que sin ninguna excepción contaminó a todas las demás, no alcanzó en lo más mínimo a afectar a María. Ella es hija de Adán y Eva como si Adán y Eva hubiesen conservado la primitiva integridad.

Cuando María fue concebida, sucedió un milagro grande y hermoso, como si una zarza produjera un lirio. Podríamos decir que la inocencia brotó de la culpa. Este milagro tan grande y hermoso fue obra singular y única de la Divina Bondad. Entre todas las creaturas humanas no hubo ni habrá otra que tenga privilegio semejante.

A una concepción, a un inicio de vida tan espléndido e inmaculado siguió luego en María una vivencia tan pura, una inocencia tan íntegra y constante, que hasta los ojos de Dios no encontraron en Ella jamás ni la mancha más pequeña, ni siquiera la menor imperfección de obra o de pensamiento. Desde el inicio hasta el término de su vida, para Ella serían esas palabras del Señor: "Tú eres mi paloma, mi perfecta, tú eres la Inmaculada".

Si una inocencia, pureza y candor tan incomparables merecen amor, AMEMOS A MARÍA.

María no es solamente la privilegiada entre las hijas de Adán. Es también la privilegiada entre las hijas de Dios, como que en Ella derramo tantas gracias, que todas las gracias distribuidas entre todas las demás creaturas de la tierra nunca las superarán; abundancia de gracias como era conveniente para María, que iba a ser Reina de los Ángeles, la Reina de los Santos, la gran Madre de Dios.

Todo el bien que la infinita Divina Bondad ha derramado en todas las obras de la Creación, no alcanza a igualar el bien que depositó en María. Así que su inocencia, pureza y candor incomparables están unidos a tal riqueza de bienes y virtudes, que no-solo es la más hermosa y la más buena entre las obras de la mano de Dios, sino que supera tanto a las demás en belleza y

bondad, que no hay parangón posible entre aquellas y María. Es tan grande su belleza y bondad, que ninguna inteligencia de hombres o de ángeles alcanza a comprenderlas, y que solamente comprende en su plenitud su Autor y Dador, el Dios Altísimo.

Escuchemos la voz de la Santa Iglesia, que habla así en la persona del Sumo Pontífice, Padre y Maestro de todos los fieles, el Santo Padre Pío IX: "Dios inefable, cuyos caminos son misericordia y verdad, cuya voluntad es todopoderosa,... desde el inicio y antes de los siglos, eligió y preparó para su Hijo unigénito una Madre, de quién encarnándose naciera en la feliz plenitud de los tiempos, y tanto la amó, que en Ella sobre todo ser creado tuvo complacencia.

Por este motivo, tan admirablemente la enriqueció por encima de todos los Espíritus angelicales y de todos los Santos, de tal abundancia de gracias celestiales sacadas del tesoro de la divinidad; que Ella, exenta siempre de toda mancha de culpa y toda hermosa y perfecta, tuvo tal plenitud de inocencia y santidad, de la cual no puede pensarse una plenitud mayor fuera de Dios, y nadie fuera de Dios puede abarcarla con el pensamiento". (Bula de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción) Si pues una belleza y bondad que superan toda belleza y bondad creada merecen amor, AMEMOS A MARÍA.

II. Dios ama a María

Por lo que acabamos de decir, aparece claramente que Dios no derramó en otra creatura tantas gracias y privilegios y especiales favores como los tiene María. No cabe ninguna duda que la medida de las gracias y dones es también la medida de las gracias y dones es también la medida del amor de Dios; los da en mayor abundancia allí donde se proyecta un amor mayor. Luego Dios ama a María, y la ama más que a todas las demás creaturas, cae en consecuencia que ama Él más a Ella que a todas las demás creaturas juntas. Así lo enseñan los Santos.

Es ésta una verdad que expresaba así en un ímpetu de admiración y de amor su muy devoto el P. Pablo Segneri: "Si suponemos algo tan imposible, que Dios tuviera que perder o solamente a la Santísima Virgen

o a todos los demás Santos y Ángeles del Cielo, ¿que haría el Señor? Apretaría contra su corazón a la Virgen, y dejaría que se perdiera el Paraíso de una vez" (Prédica de la devoción a María Santísima)

¿Tanto ama Dios a María? Pues AMEMOS A MARÍA.

III. El cielo ama a María

Cuando digo que el Cielo ama a María, quiero hablar del amor que hacia María tienen los Ángeles y los Santos. Ellos contemplan cara a cara a María, y ven en Ella tan extraordinaria belleza, que en comparación todo lo hermoso con que Dios adorna su Casa celestial, creado para felicidad y alegría eterna de sus elegidos, y toda la hermosura que los corona y adorna como conviene a Príncipes de su Corte, pierde su brillo y casi se apaga.

Ellos en tanto mientras contemplan el rostro de María, ven su corazón con toda claridad y encuentran allí tanta bondad, que después de la de Dios no es posible compararle ninguna. Así que después de la bondad infinita de Dios, aman con amor ardiente la incomparable belleza y bondad de María. Por eso todos los Ángeles y los Santos, arrebatados de tan grande amor, exclaman: "María, después de la gloria que nos llega por la visión de Dios, no hay para nosotros gloria como la que nos llega por contemplarte a Ti, OH María. María después del amor que nos enciende para con Dios, no hay amor más grande del que arde en nuestro corazón hacia Ti, ¡Oh María!".

Si pues los Ángeles y los Santos aman tanto a María, amemos, AMEMOS A MARÍA.

IV. Preciosa dulzura del amor a María

Por lo que dijimos, resalta con claridad que, después del amor de Dios no puede existir amor más justo, más bello, más santo, que el amor de María. Lo que significa que el amor de María es el más precioso. Eso debe decirse del amor de María considerado en sí mismo. ¿Qué decir luego del amor de María considerado en sus efectos? ¡Cuán precioso debe ser el amor de María en ese aspecto! Ella, a semejanza de Dios, ama a quien la ama, y ama más a quien la ama más. En consecuencia, ¿será posible que no deriven grandes beneficios a quienes amándola son amados, y amando mucho, son muy amados por la Reina de cielo y tierra, por la Tesorera y Dispensadora de todas las gracias, por la Madre de Dios? Dichoso el que ama a María, más dichoso quien más la ama a María.

Frutos maravillosos le provendrán del amor de María. Precioso le resultará el amor de María. Si María nos ama, ¿cómo podrá faltarnos algún bien? ¿Puede ser que nos falte alguno de los bienes deseables? Amemos pues y amemos mucho a María.

Dulce es además el amor de María. La dulzura del amor no se prueba con argumentos y razones, se experimenta con el gusto interior. Habladme vosotros, amantes de María, de la dulzura de su amor. Pero, ¿es que podéis expresar esa dulzura? La gustáis, disfrutáis de ella, tenéis el corazón lleno de felicidad por esa dulzura, que sin embargo no podéis expresar. Cuando vuestro corazón os dice que ama a María, y sentís en él las suaves deliciosas emociones de su amor, no sólo estáis convencidos, sino muy bien seguros de la dulzura del amor de María. Decís entonces: ¡Qué dulzura amar a María! Y quisierais clamar a todo el mundo: AMEMOS, AMEMOS A MARÍA.

V. Quien ama a María aborrece el pecado

El primer compromiso de la persona amante es de no causar disgustos a la persona amada. Así que quien ama a María, debe sobre todo comprometerse en no disgustar a María. Es totalmente cierto que lo único que le disgusta a ella es lo único que disgusta a Dios, o sea el pecado. Y como a Dios sobremanera le disgusta, también muchísimo le disgusta a María. Por tanto, si nos guardamos en lo posible limpios y ajenos al pecado, eliminaremos de nuestro ser todo lo que disgusta a María. Ciertamente, para guardarnos limpios y ajenos al pecado es necesario odiar el pecado. Quien no aborrece el pecado, no puede vivir libre del mismo: ya que debido a nuestra tan fuerte inclinación al pecado, solamente el odio y un odio muy fuerte al pecado, puede libramos de caer en el mismo.

Si amamos a María, odiamos pues, vehemente el pecado. Particularmente el que es más aborrecible y que por eso mismo más disgusta a María, a María Reina de las Vírgenes, la Virgen por antonomasia; ese pecado que ni debería nombrarse entre cristianos. Aborrezcamos pues el pecado para conservarnos en pureza y limpios, en lo posible, de sus manchas, particularmente de las manchas más repugnante. De esa forma podrá decirse realmente que nosotros AMAMOS A MARÍA.

VI. Quien ama a María ama las virtudes cristianas

A la preocupación de una persona amante de no disgustar a la persona amada, corresponde por otra parte la preocupación de darle gusto. Luego, si amamos a María, debemos comprometernos de dar gusto a María. Para eso, nos preguntamos qué puede dar gusto a María. No es mucho trabajo esa búsqueda. Así como nada en el mundo realmente disgusta a María Santísima fuera de los vicios que contaminan nuestras almas, de la misma manera nada realmente le gusta más que las virtudes que adornan y santifican nuestras almas.

Por tanto, si amamos a María, y, amándola como corresponde, deseamos gustarle, es necesario que amemos las virtudes cristianas, practicándolas lo mejor posible en nuestra vida cotidiana.

El ejercicio de las virtudes nos hará realmente agradables a María, en forma tal que se complacerá en nosotros. Será además particular su complacencia si nos verá distinguirnos en la virtud que es la estrella más brillante de las doce que coronan en el Cielo su cabeza, o sea la castidad.

Si por amor de Jesús y de Ella guardaremos castidad sin mancha y perfecta, en cuanto posible a manera de los Ángeles, la Virgen de las Vírgenes nos tendrá en cuenta no de creaturas terrenales como somos, sino que casi nos considerará como creaturas celestiales, dignas de enumerarse entre los Ángeles que acuden a las gradas de su Trono, en porfía entre ellos para besar sus plantas. Y cuando un día llegaremos allá, no seremos indignos de tan enorme felicidad. Si pues deseamos gustar a María, ejercitemos las cristianas virtudes distinguiéndonos en la santa pureza. Se dirá así que AMAMOS A MARÍA.

VII. Quien ama a María, desea promover su devoción

Hay una diferencia entre el amor santo y el amor profano. El amor profano es interesado, egoísta, por consiguiente ferozmente celoso. Quiere ser el único en amar y considera que quien pretenda amar lo que él ama, lo ofende y atropella. Eso sucede porque el amor profano no es otra cosa que desarrollo de amor propio y de la propia satisfacción. Es amor falso, dice Santa Teresa, totalmente indigno de nombre tan hermoso. El amor santo, por oposición, es amor desinteresado, caritativo, que ama a la persona no para satisfacción propia, sino por el aprecio que de ella tiene; no para recibir gusto uno, sino para darle gusto.

En consecuencia, el amor santo, lejos de pretender ser el sólo en amar, goza en ver que otros también amen lo que él ama, y considera que se brinda honor y atención a él por parte de otros que amen el objeto de su aprecio. Es por eso que, siendo santo el amor de María, los que la aman no quieren ser ellos solos en amarla, sino que desearían que toda creatura estuviese encendida de amor a María.

Incansablemente se preocupan de difundir todo lo que pueden la devoción a María entre sus parientes y conocidos. Procuran que todo el mundo conozca la hermosura y la bondad de María. Entre todos hablan de las alabanzas y eficacia de su protección. Desearían ver a todo el mundo postrado a los pies de María, admirando sus grandezas, y, confiando en su misericordia, tributarle honores. Pero sobre todo se preocupan de reunir alrededor de la Virgen a jóvenes y niños, en cuyas almas más fácilmente de siembra, más hondas echan sus raíces, con más fuerza crece y con más abundancia da sus frutos la devoción a María.

Y María se goza en ello, y tanto se goza que nada más agradable a Ella puede hacerse en el mundo. La inocencia es el primer amor de María. Todas las cosas bellas y santas son el amor del corazón de María; pero la inocencia, ciertamente es su primer amor. Muchísimo se complace María en la inocencia. Con gran gusto siembra en el terreno de la inocencia la semilla de sus gracias. Allí es donde las ve producir el ciento por uno.

Si amamos a María, difundamos su devoción. Difundámosla entre los parientes, difundámosla entre los amigos, en nuestras tierras, en todas partes si nos es posible. Expusimos imágenes de María a la devoción pública y privada. Difundamos libros que traten de sus glorias, enseñemos a cantar sus alabanzas, tratemos que sus festividades se celebren con decoro, que se extiendan las devociones en su honor. Promovamos en fin todo lo que nos sea posible, la devoción a María.

Pero sobre todo difundamos la devoción a María en la tierna edad de la adolescencia; en la seguridad que si la devoción a María crecerá en los jóvenes junto con los años, progresarán de virtud en virtud, en una creciente bondad, abundando en las divinas bendiciones que María derrama generosamente en sus predilectos. Si así lo hacemos, tendremos nuevo consolador argumento para decir que nosotros AMAMOS A MARÍA.

VIII. Quien ama a María ama a Jesús

Hay quienes manifiestan devoción a María: veneran sus imágenes, visitan sus Santuarios, adornan sus altares,

hacen Novenas y el Mes de María, rezan oficio y Rosario, cantan sus himnos, etc. pero no aman a Jesús, siendo en realidad sus enemigos por vivir en el pecado. No son justos es sus negocios, alimentan odio contra sus adversarios, tienen su corazón lleno de impurezas, no guardan castidad ni de palabra ni de obra. Pobres, ¿qué devoción puede ser la que ellos tienen? ¿Pueden ser tan ciegos y equivocados? ¿Podrá ser tal vez que alguien ame sinceramente a una madre a cuyo hijo esté injuriando y ofendiendo? El que quiere ser enemigo de Jesús, ¿acaso podrá ser amante de María?

Que abran éstos sus ojos y se den cuenta de su error engañoso. Nunca podrán realmente amar a María, si no aman a su divino Hijo Jesús. Lo que quiere decir, si no viven en gracia y amistad con Él, si no odian y evitan el pecado mortal. Hagan por tanto ellos una santa confesión de sus pecados, limpien su pobre alma, recuperen así la gracia y el amor de Jesús, y luego podrán realmente amar a María.

Pero, ¿es que mientras tanto deberán ellos dejar toda devoción con que honran a María, y nada más hacer por Ella mientras no recuperen la gracia de Dios? Pésimo consejo sería éste. No queremos decir de ningún modo que dejen toda obra buena que estén haciendo para honrar a María; lo que queremos decir, es que a las obras buenas tan hermosas que ya están cumpliendo, agreguen lo que no sólo es útil, sino necesario, para que sus almas estén bien, y puedan ser enumerados entre los siervos fieles y los hijos amorosos de la gran Señora y Madre María.

Las prácticas devotas que ejercen para honrar a María les aprovechan de varios modos, y aunque no merezcan gracia ni gloria porque cumplidas en estado de pecado, sin embargo les aprovecharán para alcanzar misericordia. Sin duda lo más urgente e indispensable para ellos es liberarse de ese horrible estado de pecado mortal, ya que si permanecen así, aún continuando las prácticas de devoción, pueden en cualquier instante precipitar a la eterna condenación.

Si acaso tú, lector de esta obrita, estuvieses en el número de esos devotos ciegos e inconscientes, date cuenta claramente de una vez. Abre los ojos para cerciorarte que esa devoción a María no es la que pueda salvarte, ya que no va acompañada de la devoción a Jesús, que consiste en su amor y en su gracia. Hasta que no ames a Jesús no podrá decirse jamás que tú ames realmente a María. Y ten la seguridad que a Ella mucho más le gustaría una sola AVE MARÍA rezada por ti en estado de gracia con Jesús por la limpieza del pecado, que cien rosarios y novenas y peregrinaciones y meses de María consagrados en su honra, estando en desgracia con Jesús por algún pecado mortal.

Quita pues el pecado, ama a Jesús, y pronto amarás realmente a María siendo su devoto como Ella quiere.

Ahí sí que tus numerosas prácticas con que la honras, serán meritorias para ti y muy agradables a María. Sí, amemos a Jesús, solo sí amaremos verdaderamente a María.

Por otra parte, esta verdad o sea que quien ama a María ama a Jesús, es tan clara y manifiesta, que no tiene necesidad de argumentos. Quien ama a la Madre ama a su Hijo, ni puede ser de otra forma. Veamos pues más bien cual sea el medio más eficaz para conservar y aumentar en nosotros el amor de Jesús.

IX. Quien ama a María recibe a menudo la Santa Comunión

Es una verdad que expresamente enseña el Santo Evangelio, que Jesús ha venido a este mundo para traer y difundir el fuego de su amor. Pero también es verdad evangélica que Jesús quedó con nosotros en el Santísimo Sacramento para alimentar y acrecentar cada vez más en nuestros corazones la llama de su divino amor, en el cual consiste la verdadera vida del alma. Mediante ese Santísimo Sacramento, nosotros vivimos en Jesús y Él vive en nosotros.

Así que Jesús ha venido al mundo naciendo de María para traer y hacer que arda su amor, y Jesús se queda en el mundo, casi volviendo a nacer cada día en las manos de los Sacerdotes que celebran la Santa Misa, y quedando luego día y noche en los Sagrarios, para conservar y acrecentar hasta el fin del mundo su santo amor en las almas. Hay muchos medios más para encender a las almas en el amor de Jesús: las oraciones piadosas, las lecturas espirituales, las meditaciones devotas, las mortificaciones, las obras de caridad espiritual y material. Pero no dudéis que haya medio más eficaz para eso, que la Santa Comunión, en que el corazón del hombre se pone en el más íntimo contacto de esa hoguera de santo amor que es el Corazón de Jesús, y en que, por obra del Espíritu Santo, se difunde en mayor abundancia que en los demás Sacramentos la divina caridad.

Así pues, el que quiere amar a Jesús y amarlo mucho, no tiene a mano un medio mejor que acercarse frecuentemente a la Santa Comunión. Y ya que no se puede dar testimonio mejor de amor a María que amando, y amando mucho a su hijo Jesús, no puede dudarse que quien quiera amar a María deba proponerse de recibir a menudo la Santa Comunión.

Vemos en efecto que los devotos más sinceros y más tiernos de María son los devotos del Santísimo Sacramento, los que más a menudo se acercan a la Mesa sagrada y se gozan en poder compartir aún cada día la gracia que durante nueve meses tuvo la Virgen bendita. Que si Jesús halle en ellos pureza virginal, que imite en lo posible la pureza de su

inmaculada Madre, con gran deleite se quedará en esos corazones como entre flores perfumadas.

Vosotros pues, los devotos de María, y en particular los que seguís el ejemplo de santa virginidad que Ella presenta, acercaos a menudo, muy a menudo, si es posible todos los días, a la Sagrada Comunión, con una preparación de conciencia la más esmerada que os sea posible. Creceréis así tras día en el amor de Jesús y de María. Vuestros corazones en santo ardor exultarán diciendo: Amemos a Jesús, AMEMOS A MARÍA.

X. Quien ama a María es devoto de san José

San José es un Santo extraordinario. Fue elegido por Dios casi como un Ángel visible que cuidara de María, como un servidor sumamente fiel en todos los peligros y problemas de su vida diaria; más aún como verdadero esposo de Ella que era la Esposa del Espíritu Santo, Reina de los Ángeles y de los Santos. Él mereció ser designado para ser como padre de Jesús, el Hijo de María. Tuvo ya en la tierra casi como una vida celestial gozando de la compañía de la Virgen bendita y del divino Salvador. Tuvo la muerte más envidiable, asistido y reconfortado por ellos, o sea teniendo a un lado a Jesús y al otro lado a María, que se esmeraban en las más cariñosas atenciones y le dirigían palabras y miradas de Cielo. ¡Qué gran santo es San José! Alguien podría decir, ¿cuánto lo amó María? ¿Y podría un verdadero devoto de María no tener una especial devoción a San José? No es posible. De hecho San José es el Santo más querido por las almas piadosas; y todos los devotos de María le tienen particular devoción, reconociendo que innumerables gracias derivan de esa devoción en su vida, esperando otras muy particulares en el momento de su muerte. Tratemos pues de ser devotos de San José, celebrando sus fiestas, acudiendo a Él orando a diario a Él. Será otro argumento para decir que AMAMOS A MARÍA.

XI. Quien ama a María reza devotamente el Ave María

Sin duda al Ave María es la oración más hermosa con que podemos alabar a María y conseguir de Ella las gracias necesarias; es la oración más frecuente en los labios de los cristianos.

Sin embargo, justamente porque se reza tan frecuentemente, tantas veces en el día, a menudo se reza con enorme distracción; se reza más con los labios que con el corazón; a veces se reza

precipitadamente y omitiendo palabras. Los que aman a María no deben proceder así. Ellos considerando que el Ave María es la más bella y graciosa oración con que se honra a la Madre de Dios, deben rezarla con la mayor devoción que les sea posible; deben conocer su sentido y acompañarlo con el sentimiento de su corazón.

- “Dios te salve María” es la mejor manera de saludar a la Virgen Santísima. (Es el saludo que acostumbraban para reyes y personajes).
- “Llena eres de gracia” llena para Ella y para nosotros aún más llena, para alcanzarnos la abundancia de gracia.
- “El Señor es contigo” de manera más especial de lo que acontece con los demás santos.
- “Bendita tú eres entre todas las mujeres” ya que tuvo el honor único e incomparable de la virginidad y de la maternidad divina.

Esas palabras son del Ángel Gabriel a María en la Anunciación. Bendita entre las mujeres la saludó asimismo Santa Isabel al recibir su visita, agregando: “y bendito es el fruto de tu vientre (Jesús)”; ya que a Jesús se dirigen todas las bendiciones de cielo y tierra, y Jesús es fuente de toda bendición que proviene de Arriba.

La Iglesia agregó las demás palabras “Santa María, Madre de Dios ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”. Son palabras que no necesitan explicación.

Recemos pues siempre con mucha devoción tan hermosa oración, y de vez en cuando hagámoslo más despacio y con mayor atención, diciéndole antes: “María, para saludarte menos indignamente quisiera ahora rezar esta oración con el respeto y la veneración con que te saludó el Ángel Gabriel, con el cariño y la admiración con que te saludó Santa Isabel, y con la devoción y confianza con que te saludaron los santos y santas en todos los siglos con el Ave María”.

Tú que lees y estás acabando la lectura de este librito, reza así el Ave María, para pedir de corazón que todos realmente AMEMOS A MARÍA.

Virgen bendita, al acabar yo este humilde trabajo en el primer día del mes que la piedad cristiana te consagra, quiero unir los sentimientos de mi corazón a los sentimientos de todos los corazones que en este mes te alabarán, bendecirán, amarán y pedirán gracias.

En el gran número de esos sentimientos, de los cuales encontrarás muchos tan puros y merecedores de complacencia, acoge también los míos, y en consideración a esos no rehúses en tu clemencia y bondad los míos.

Bendice finalmente esta pobre obrera a fin de que realice algún bien en las almas, e inspire a los lectores que

expresen algún buen deseo para mí ante tu materno corazón.

Virgen Piadosa. Dulce María

De las creaturas – la más perfecta

A Dios y a los Ángeles – la más preciada

Nuestro consuelo – Luz y Esperanza

Vida, salud – Gozo, Alegría

Tú la más pura – la inmaculada

Tú la más rica – la más hermosa

La Admirable – la más gloriosa

La más fiel – la Poderosa

La más amable – la más clemente

Acoge, ruego – el corazón Madre querida – del amor puro

Virgen piadosa – Dulce María.

José Frassinetti (de "Reflexiones sobre el Paraíso")
Opera Omnia, T. XIII, pág. 465.

Amemos a San José

I. ¿Quién es San José?

José es mi esposo, responde María, esposo mío, que soy la esposa del Espíritu Santo: y es un esposo cual convenía a mí, esposa del Amor Divino: por esto me amó siempre en la tierra con aquella pureza y santidad de afecto con que me aman los ángeles en el cielo.

El Padre Eterno lo ha creado para mí y lo enriqueció con una santidad que sobrepasa a la de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles. Especialmente lo distinguió con una castidad incomparable, la cual debía ser la del que había de convivir conmigo, que soy Virgen singular y Reina de las Vírgenes.

José contrajo conmigo un matrimonio no terreno sino celestial, con una intención del todo diferente de la de todos los que lo contraen, sabiendo que no había de ser para mí más que un ángel tutelar y, al mismo tiempo, testigo de aquella súper celestial virginidad de la cual yo había hecho voto en el Templo.

En una palabra, él es mi esposo, y merece serlo por su altísima santidad y perfección, obrada en él por la gracia omnipotente de aquel Dios que hizo por mí cosas grandes.

II. ¿Quién es San José?

San José, responde Jesús, no es mi padre, porque Yo no podía tener un padre terreno. El Emmanuel, Dios con vosotros, había de ser fruto de la Virgen más perfecta. José no es, pues, mi padre: no obstante, fue elegido entre todos los hombres para hacer conmigo las veces de padre. Él me guardó, me educó con gran solicitud y esmero, y, con la fatiga de sus brazos, proveyó al sustento de mi vida divina. El hizo el papel de padre, y Yo le reconocía, le respetaba y le obedecía como a mi padre.

Yo lo colmé de grandes gracias, correspondientes a la alteza de su dignidad; grandes gracias, no sólo cual convenían al esposo de mi Virgen Madre, sino también como mi padre adoptivo, que soy el Hijo unigénito del Eterno Padre.

Conmigo y con María, gozó en la tierra de una vida del cielo, vida de cielo por su singular inocencia y santidad; vida de cielo por el goce que le causaba nuestra conversación. Fue el más feliz de todos los santos, aunque no estuvo exento de grandes tribulaciones, porque no convenía que le dejase privado de la belleza del dolor sufrido por Mí, del cual yo he querido enriquecer a todos mis santos, y, más que a todos, a su Reina y Madre mía, porque es la más digna de él.

III. ¿Quién es San José?

San José, responden las almas piadosas, es nuestro santo más amado, y muchas de ellas dicen con Santa Teresa: "Es cosa que maravilla las grandes mercedes que Dios me ha hecho por medio de este bendito santo, y de cuantos peligros de alma y de cuerpo me ha librado. Parece que el Señor ha concedido a los demás santos la gracia de socorrer en una necesidad particular, pero tengo experiencia de que este glorioso santo socorre en todo: y quiere el Señor darnos a entender que, así como en la tierra le fue obediente, así ahora, en el cielo, hace todo lo que le pide. Quisiera persuadir a todos que fuesen devotos de este santo glorioso, por la gran experiencia que tengo de los bienes que obtiene de Dios. No he conocido a ninguna persona que le haya sido devota y que le haya hecho particulares obsequios, que yo no la haya visto siempre más aprovechada en la virtud, porque este santo ayuda mucho a las almas que a él se encomiendan. Sólo pido, por amor a Dios, que el que no lo crea que lo pruebe" (Vida, cap. VI)

Sí, es un hecho que San José es el santo más amado por las almas piadosas. Después de los nombres de Jesús y de María, no hay ningún nombre que sea tan dulce a sus labios, ni que conforte tanto su corazón y en el cual pongan tanta confianza. El poder confiar en ser devotos de San José mucho les alegra; la esperanza de estar bajo su patrocinio las tranquiliza. Encomiendan todas las cosas a San José; a él se confían en todos los acontecimientos de la vida, y, especialmente, en la hora de la muerte. ¡Ah! El esposo purísimo de María, el padre adoptivo de Jesús, el santo más amado de las almas piadosas ¿no merecerá el amor, y un amor grande de nuestro corazón?

Amemos pues, Amemos a San José.

IV. Si amamos a San José, honremos a María

¿Quién podrá expresar, ni siquiera imaginar, la estima y la veneración que tenía San José a su purísima esposa? Mas ¿por que digo tenía? ¿Quién podrá expresar ni siquiera imaginar la estimación y la veneración que siente por Ella, al verla constituida Reina del cielo?

¡Ah! María (de la cual decía San Pedro Damiano que, después de Dios, es la suprema gloria del Paraíso, *summa gloria est post Deum te videre*), ¿qué debe parecer a los ojos de San José? Según enseña el Sumo Pontífice Pío IX en la Bula del 8 de diciembre de 1854: "Amó Dios tanto a María que, sobre todo otro ser creado, en ella sólo, con profundísimo afecto, se complació. De donde la enriqueció tan maravillosamente, sobre todos los espíritus angélicos y sobre todos los santos, con una tal abundancia de celestiales gracias sacadas del tesoro de la Divinidad, que ella, siempre inmune de toda mácula de culpa, y toda bella y perfecta, tuvo una plenitud de inocencia y de santidad, que mayor, después de Dios, no puede comprenderse, y nadie exceptuando Dios, puede alcanzarla con el pensamiento" De donde se sigue que Dios omnipotente hizo tan grande a María que nadie hay después de Dios, que la aventaje, ni siquiera la iguale, y nadie hay, fuera de Dios, que comprenda toda su santidad.

Ahora bien, puesto que los santos, en el cielo, cuanto más encumbrados están en la gloria, tanto mejor contemplan la grandeza de Dios, absolutamente incomprensible por naturaleza, mejor aún contemplan la grandeza de María, relativamente incomprensible por gracia. Por esto, cuanto más altos están los santos en la gloria, tanto más perfecto es el conocimiento que tiene la santidad de María. Y, siendo esto así, ¿qué conocimiento no tendrá de ella su esposo San José?

Y, como quiera que al conocimiento que se ha adquirido de la excelencia de una persona, corresponde la estima y la veneración en que se la tiene ¿Qué estima y veneración de María debe tener San José? Teniéndola en tanta veneración y estima, ha de desear que todas las criaturas la tengan en la mayor estima y veneración y que cada una la honre cuanto le sea posible, ya que ninguna criatura puede honrarla según sus méritos. Por otra parte quiere la fe, y quiere la misma recta razón, que principalmente se honre a aquel a quien Dios ha honrado sobre todas las cosas. Tal es precisamente María, la cual, entre todas las puras criaturas, tiene los supremos honores en el cielo.

Por lo cual, sin duda alguna, debe querer San José que honremos a María y que la honremos sobre toda criatura.

Ahora bien, se honra a María alabando sus privilegios, imitando sus virtudes, invocando su patrocinio, esperando por su mediación la obtención de todas las gracias y difundiendo su devoción. Honremos de esta manera y lo mejor que podamos a María, y así daremos una buena prueba de que AMAMOS A SAN JOSÉ.

V. Si amamos a San José, amemos a Jesús.

El verdadero amador quiere complacer a la persona amada; donde falta este deseo, no puede haber verdadero amor. Ahora bien, no cabe duda de que sería imposible complacer a San José si no amásemos a Jesús. Este es el único deseo de los santos, ver amado a Jesús; único deseo, que incluye el doble bien de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. En efecto, Dios no puede ser glorificado por las criaturas inteligentes sino con el amor; y la salvación, y más aún la vida de las almas, está tan sólo en el amor de Dios. Si estuviésemos postrados con el rostro en tierra día y noche, adorando a su Divina Majestad, y no cesásemos de cantar sus alabanzas, anunciar su gloria y ensalzar su poder y su bondad, pero, a la vez, tuviésemos nuestro corazón privado del amor de Dios, no le daríamos verdadera gloria; Él nos miraría como enemigos suyos y rebeldes, y más bien deberíamos llamarnos hipócritas que devotos; no seríamos hijos de Dios, sino hijos de Satanás; nuestra herencia no sería el cielo, sino el infierno, donde estaríamos condenados a una muerte eterna.

El único deseo de los santos es necesariamente el único deseo de San José, tanto mayor y más vivo, cuanto que en él más excelsa y perfecta la santidad. Luego, si amando de verdad a San José, queremos darle gusto, amemos a Jesús. Y siempre le daremos mayor gusto, si, representándonos a Jesús niño y haciendo cuenta que le vemos tal como mil veces estuvo en sus brazos, le hacemos actos de amor durante esta devota contemplación. Amemos a Jesús, amémoslo imaginando al Niño en brazos de San José: de esta manera daremos a nuestro santo gran contento y una prueba de verdadero amor.

Por otra parte, este amor no ha de consistir tan solo en el afecto interior, sino que se ha de manifestar en las obras, es decir, ha de ser activo, cual conviene al verdadero amor, y como lo era el de San José cuando guardaba a Jesús. ¡Ah, qué cuidado tenía en que Jesús, en cuanto se le permitía su pobreza, tuviese un buen alojamiento, buena comida, buen vestido y en que nada le causase daño o molestia! Para que sea

activo nuestro amor a Jesús, preparémosle buena morada en nuestro corazón cuando le recibimos en el Santísimo Sacramento: un corazón purificado de toda suciedad, un corazón ardiente en su santo amor, un corazón ancho por la gran confianza en su bondad.

Y, puesto que Jesús, sentado a la diestra de Dios Padre entre los resplandores de los santos, está revestido de soberana gloria inmortal, a la cual nos es imposible llegar, procuremos buenas vestiduras a nuestra alma, para cuando debamos sentarnos en el sagrado Convite, que de Sí mismo nos da en la Sagrada Eucaristía, y para cuando tengamos de ser introducidos en su presencia, en el festín eterno de sus elegidos. Estas vestiduras son los hábitos de las virtudes cristianas, de los cuales nuestras almas han de estar revestidas y adornadas, cual conviene a los hijos de Dios y cual convendrá a sus esposas, para tener entrada en la cámara real. Procurémosnos los hábitos de una fe viva, de una esperanza firme, de una humildad profunda, de una paciencia invicta, de una castidad inmaculada, y, de un modo especial, de una caridad ardiente, a la cual todas las virtudes dichas, y otras muchas, hacen inseparable cortejo: estas son las hermosas y las dignas vestiduras de las hijas y de las esposas de Dios.

Procuremos, además, en cuanto dependa de nosotros, impedir que alguien disguste u ofenda a Dios, impidiendo en cuanto sea posible, el pecado en los otros y trabajando para su santificación. De esta manera, no sólo impediremos que los demás disgusten a Jesús, sino también cooperaremos eficazmente a que le den gusto y contento; por lo cual nuestro amor será activo, como debe serlo el verdadero amor y como lo quiere San José, y, amando de esta manera a Jesús. **AMAREMOS A SAN JOSÉ.**

VI. Si amamos a San José, acerquémonos con frecuencia a la Sagrada Comunión

Dice San Bernardo que, a semejanza de José, hijo del Patriarca Jacob, por cuya solicitud no faltó a los egipcios el pan material. San José recibió del Padre Celestial el encargo de guardar y conservar el pan vivo, para que fuese, más tarde, el alimento espiritual de todos los fieles. (Hom. II sup. Missus est.)

Sí, Jesús, pan vivo descendido del cielo, fue confiado desde su infancia a San José, para que haciendo con El las veces de padre, fuese sustentado, creciese, fuese conservado y conducido hasta la edad perfecta; aquel Jesús, pan vivo, que desciende del cielo para hacerse nuestra vida y nuestro alimento.

Y, así como aquel antiguo José gozaba al ver como los hambrientos egipcios se hartaban de aquel pan, que

él les había procurado y reservado, de la misma manera se alegra San José, cuando ve que corremos hambrientos y nos saciamos de aquel pan vivo sobre substancial y celestial que fue suyo durante tantos años, confiado a él por el Eterno Padre. ¡Oh, cómo se alegra San José cuando ve que sus devotos corren con frecuencia y aun diariamente, a la mesa del Convite Eucarístico! Las iglesias en las cuales es frecuentada la Sagrada Comunión, son para San José los más deliciosos recintos, en los cuales más se agrada de tener una imagen, recibir los actos de veneración de sus devotos y repartir sus gracias. Y a estas iglesias acuden con preferencia sus devotos, porque en ellas se sienten mejor espiritualmente que en las demás: porque en ellas oyen más a gusto la Misa; más a gusto escuchan la palabra de Dios; más a gusto adoran a Jesús Sacramentado; allí respiran un aire de sagrado fervor, bajo la influencia de los mejores amantes de Jesús, cuales son los que se afanan en alimentarse todos los días en el gran convite de su amor. Y, ciertamente del fervor nace el amor y del amor nace el amor y la santa emulación y la competencia en la edificación. De todo esto se alegra San José, porque ve que, acudiendo sus devotos a estas Iglesias, no se enfriarán, sino que siempre frecuentarán más y más la Sagrada Eucaristía.

En primer lugar, se alegra porque conoce que de esta manera dan contento y gusto a Jesús; y también se alegra porque conoce que estos reciben de ello el mayor bien, cual es el continuado aumento en el amor de Dios y en todas las virtudes, que acompañan necesariamente este amor divino, y, señaladamente, en aquella virtud que es fruto especial de la Sagrada Comunión y que tanto agrada a San José, virtud de la cual vamos a hacer ahora especial mención.

Luego, si amamos a San José, acerquémonos a la Sagrada Comunión con la mayor frecuencia que nos sea permitida, se entiende, por el director espiritual: éste, si vivimos con mucha pureza de conciencia, nos lo permitirá generosamente.

VII. Si amamos a San José amemos la castidad

¡La castidad! Esta es aquella virtud que tanto agrada a San José, producida de una manera especial y conservada en las almas por la Sagrada Eucaristía. Por lo tanto, quién ama a San José ha de amar mucho la castidad, y cada uno ha de guardarla según su estado, con gran cautela, por lo que aun los que viven en matrimonio pueden dar pruebas de amor a San José, mostrándose amantes de la castidad, según su estado lo requiere. Pero el virginal San José, el esposo de la Reina de las Vírgenes, sobre todo y con amor inefable ama la castidad virginal: por esto, los

que guardan perfecta y perpetua castidad, tienen derecho a ser especialmente amados de San José, y son los que le dan singularísimas señales de amor, conservando en sí mismos aquella pureza angélica que a él inefablemente agrada. Por lo tanto, si nosotros guardamos esta castidad, tendremos derecho a ser contados entre los principales amantes de San José y seremos necesariamente sus predilectos en el amor.

Los que conocen las prerrogativas excelsas de esta virtud, que es la más bella y la más admirable de las virtudes cristianas, aquellas que, al decir de Jesucristo, hace a los hijos y las hijas de Adán, semejantes a los hijos de Dios, a los ángeles del cielo (erunt sicut angeli Dei), serán muy dichosos si, llegando a tiempo, conservan este tesoro y, si quieren conservarlo por amor a San José, pueden tener la seguridad de que este gran santo se creará obligado a ellos de un modo particular, y de que, por su medio, alcanzarán singulares gracias. ¡Ah, que no se dejen fascinar por la más seductora de las pasiones! ¡Ah, que no se dejen engañar por los prejuicios (¡son tantos!) del mundo, el cual, mientras por una parte se ve obligado a admirar una virtud que es la más clara y la más espléndida, por otra parte le hace constantemente guerra, y quisiera al menos, presentarla como una virtud tan difícil que nadie pudiese aspirar a la gloria de conservarla!

Tú que lees esto y que sientes en tu corazón la santa inspiración de conservar en ti tan bella virtud, por amor a San José no quieras hacer ningún caso de los prejuicios del mundo. La hermosa virtud de la castidad puedes conservarla fácilmente, mientras quieras. Guárdate de toda ocasión peligrosa y frecuente mucho la Sagrada Comunión, y no temas: tendrás gracia más que suficiente para guardarla; te lo aseguran todos los Padres y Doctores de la Iglesia (Vid. A. Lápide. In Matth., XIX, 11.). Pruébalo y lo verás. Después de esto, por amor a San José, haz algo más: conviértete en apóstol de esta virtud, procurando darla a conocer y haciendo que los demás la amen.

¡Ah, la hermosa virtud, la más hermosa entre todas las virtudes, que al decir de Santa María Magdalena de Pazzis, es el Paraíso en la tierra, donde arraiga toda perfección de virtud, que en este mundo se pueda tener... porque es el instrumento más apto para conquistarla!

¡Para cuántas almas esta virtud, la más hermosa entre todas, es casi desconocida, porque poco o casi nada se habla de ella! Los que la conocen, los que la aman, la dan a conocer y la hacen amar. No tema nadie que no sea apta para todos los que quieren abrazarla; no padecía este temor San Pablo, cuando exhortaba a todos los fieles a que llevasen vida de continencia. (I Cor. VII, 7)

¡Oh San José, ayudadnos para alcanzar este fin! Ahora, por la divina gracia, va creciendo el número de los que conocen las prerrogativas de esta virtud, son firmes en conservarla y se esfuerzan en darla a conocer y en hacer que la abracen los demás. Este número aumenta considerablemente entre las doncellas cristianas. San José, bendecid el propósito, bendecid el celo de estas almas tan amadas por ti. ¡Oh San José, cuanto os alegrasteis en el Paraíso, cuando visteis que vuestra esposa María, al subir al cielo, dejaba en la tierra las semillas de los lirios que habían de florecer, alimentados por sus ejemplos, bajo el rocío de sus gracias! Habían de florecer en la tierra, para ser después trasplantados al cielo, y enriquecer allí, con su belleza y fragancia, el jardín por donde se pasea el Cordero que justamente se apacienta de lirios.

Vuestra esposa María es la jardinera de los lirios esparcidos acá y allá por esta tierra y vigila desde el cielo para que se conserven siempre puros, dignos de aquel feliz trasplanteamiento. Vuestra esposa María ha trasplantado tantos al cielo, que no se puede contar su número. El lirio de ella sobrepasa entre todos por su incomparable encanto, como el rey de los lirios; el vuestro que está cerca del suyo, es el segundo en recibir honor San José, ayudadnos: veis cuantas son las corrupciones del mundo; quisierais que aumentaran tanto los lirios en la tierra, que su perfume no dejase sentir el mal olor de aquellas. Quisierais que, al llegar la hora, trasplantados todos al cielo, dilatasen inmensamente el jardín del Cordero.

VIII. Amando a San José nos aseguramos de una buena muerte

¿Qué quiere de nosotros San José? Quiere que nos salvemos, porque nos quiere consigo en el Paraíso. Es cierto que, en substancia, San José no quiere otra cosa de nosotros. En efecto ¿qué cosa puede querer de nosotros San José que la consecución de nuestro último fin? Si conseguimos este fin, el cual no es otro que nuestra eterna salvación, el Señor estará completamente satisfecho. Y, si el Señor está satisfecho ¿no estará contento San José? Es indudable que no puede querer sino lo que quiere el Señor. Luego, si queremos contentar a San José, es menester que aseguremos nuestra eterna salvación, lo cual equivale asegurarnos una buena muerte.

¿Y qué medio tenemos nosotros para asegurarnos una buena muerte? Este medio es una buena vida, porque cual la vida, tal la muerte: qualis vita finis ita. ¿Y cuál será la vida que pueda llamarse buena? Una vida constantemente llevada en gracia que nos hace ser amigos de Dios y, por lo mismo necesariamente herederos del cielo. Y, puesto que esta gracia se

pierde por cualquier pecado mortal que se cometa, síguese que, si queremos vivir constantemente en esta gracia, debemos constantemente guardarnos del pecado mortal, de suerte que no lo cometamos nunca, absolutamente nunca. De lo contrario, si cometemos alguno, probablemente seremos sorprendidos por la muerte en aquel estado, y nuestro último fin se perderá, y seremos por toda la eternidad enemigos de Dios, y también enemigos de San José, y, en lugar de gozar de su compañía en el cielo, padeceremos la compañía de Satanás en el infierno.

Digo: probablemente seremos sorprendidos por la muerte en aquel estado, porque el Espíritu Santo por boca de San Pablo, nos advierte que el pecado es el estímulo y la espuela de la muerte, es decir lo que la atiza contra nosotros, de manera que, si la muerte nos acomete como un caballo furioso, cuando estamos en pecado nos acomete como un caballo espoleado.

Por lo cual, procuremos ante todo vivir siempre en gracia de Dios; guardémonos muy bien de tener jamás el atrevimiento de cometer un solo pecado mortal, porque, una vez cometido el pecado, la muerte, estimulada y espoleada por el mismo, podría sorprendernos y precipitarnos en la eterna condenación.

Y, si queremos asegurar el no caer nunca en pecado mortal, guardémonos con gran cautela de no caer en el pecado venial plenamente deliberado, pues enseña la sana teología y lo demuestra una constante experiencia que las almas que no hacen caso del pecado venial son las más predispuestas a caer en pecado mortal; y, al contrario, nos enseña, que las almas que cautamente se guardan del pecado venial plenamente deliberado, tienen la mayor seguridad de no caer nunca en el mortal.

Llevando buena vida, estaremos seguros de una buena muerte. Hay que observar que algunas veces, por la misericordia de Dios, ha acontecido que alguno ha tenido una buena muerte después de haber llevado una mala vida, como le acaeció al Buen Ladrón: pero aun es más de advertir que nunca ha sucedido que haya tenido una mala muerte el que ha llevado una buena vida. Por amor, pues, a San José, del cual se puede decir que no quiere de nosotros otra cosa, aseguremos, por medio de una buena vida, de tener una buena muerte.

Pero San José, que nos ama tanto, siempre estará más contento si procuramos hacer, no sólo una buena muerte, sino también la mejor muerte que pueda tener el cristiano, es decir la muerte confortada por los santos Sacramentos, recibidos a tiempo. Es menester que pongamos especial atención en este punto, para que no nos ocurra lo que generalmente suele ocurrir aun a tantos buenos cristianos, los cuales, obcecados por el amor a la vida, fácilmente mueren sin pensar en que han de morir; y así no piensan en hacerse

administrar a su debido tiempo los santos Sacramentos, y, de esta manera, mueren privado de ellos, o bien los reciben cuando ya no están en sus cabales, por lo que no sacan de ellos el fruto que, de otra manera, sacarían.

Mientras vivamos y estamos bien de salud, pensemos que, durante nuestra última enfermedad, nos sucederá lo que vemos que sucede a otros, es decir, nos haremos la ilusión de que la muerte no está cerca y de que nos curaremos, por lo cual estaremos persuadidos de que no tendremos necesidad, por entonces, de recibir los Santos Sacramentos; por esto será menester de que nos avisen de nuestro peligro los que nos asistan, y sucederá que ellos, al ver que no nos damos cuenta, diferirán el aviso para no asustarnos, y tal vez la muerte nos sorprenderá antes de que nos sean administrados los Sacramentos, o cuando no tengamos ya bastante conocimiento para recibirlos con pleno provecho. Por lo mismo, mientras vivimos y estamos sanos, hemos de tener el propósito de que, a la primera enfermedad, nos confesaremos inmediatamente después de las primeras visitas del médico, de conformidad con los decretos del Concilio de Letrán, bajo los Papas Inocencio III y San Pío V. Para confesarnos en casa, no se requiere licencia del médico, ni que la enfermedad sea peligrosa, lo cual tanto se entiende para los hombres como para las mujeres, pues los decretos generales. ¡Cuántas veces la enfermedad no parece al principio peligrosa, y después se agrava de repente, privando al enfermo del uso del sentido!

Hagamos, además, el propósito de que, cuando veamos el médico nos visita con más frecuencia, que nos velan incluso de noche, y mucho más si se trata de tener alguna consulta acerca de nuestro mal, pediremos inmediatamente el Santo Viático, sin esperar que nadie nos lo sugiera, y hagamos también el propósito de pedir, una vez recibido el santo Viático, la extremaunción, que, como enseña S. Alfonso y Benedicto XIV, se puede administrar inmediatamente después del Viático, según la loable costumbre de muchos lugares. Referente a este punto, es deplorable que haya tanta ignorancia entre los médicos y también entre los demás, los cuales creen que la gravedad del mal, que es suficiente para poder dar al enfermo la Sagrada Comunión, sin que esté en ayunas, es decir, por Viático, no basta para que se le administre la Extremaunción; cosa deplorable, de lo cual proviene el que sean tantos los que mueren sin recibir este último sacramento. Hagamos el propósito dicho, y recordémoslo cuando llegue la ocasión de ponerlo en práctica.

De esta manera, si Dios, antes de morir, nos concede la gracia de tener tiempo para recibir los Santos Sacramentos, no ocurrirá que muramos privados de ellos, o que los recibamos con menos fruto. Así

nuestra muerte será la mejor que pueda tener el cristiano, y San José recibirá gran contento de ello.

Finalmente, pidamos siempre a este gran Santo que quiera obtenernos la gracia de que nuestra muerte sea también santa, y pidámoselo por aquella muerte dulcísima y feliz que él tuvo, asistido de Jesús y de María.

Este es el fruto que debemos esperar y, casi me atrevería a decir, pretender, de la devoción a San José. ¿De qué nos aprovecharía todo lo restante de la vida, si, al fin, no hiciésemos una buena muerte? Si bien lo consideramos, ninguna cosa en el mundo puede verdaderamente interesarnos, si no es el de hacer una buena muerte, lo que equivale a conseguir el fin para el cual hemos sido creados por Dios. Una buena muerte, y sólo una buena muerte, pueden ponernos en posesión del Paraíso.

Amemos a San José, aspiremos a merecer la admisión en el número de sus más señalados devotos. De esta manera nos será asegurada una buena muerte, y no sólo una buena muerte, sino la mejor que pueda hacer el cristiano, que tal nos la obtendrá nuestro santo.

¡Oh San José, que hermosa muerte la vuestra! ¡A un lado Jesús, y al otro María! ¡Aquél, el Hijo unigénito de Dios, humillado hasta teneros en lugar de padre; ésta la esposa del Espíritu Santo, hecha también esposa vuestra, para que fueseis testigo y casi custodio de su virginidad! ¡Que dulce, que suave, que hermoso morir fue el vuestro, oh San José! Por la gracia que hizo dichosa vuestra muerte alcanzadnos que la nuestra sea bienaventurada con la gracia de Jesús, con la asistencia de María y bajo vuestro patrocinio.